

## UTI Y FRUI: LA DOBLE DIMENSIÓN DEL AMOR EN EL PENSAMIENTO DE AGUSTÍN DE HIPONA

DOI: 10.22199/S07198175.2016.0002.00008

Ignacio LÓPEZ

Recibido el 14 de febrero de 2016. Aceptado el 11 de mayo de 2016.

### RESUMEN

Tomando como punto de partida la tesis doctoral de Hannah Arendt sobre *El concepto de amor en San Agustín*, se propone aquí, trazar las líneas fundamentales de la doctrina del amor según el Hiponense, a partir de su doble dimensión conocida como el *amor de uso (uti)* y el *amor de gozo (frui)*. Para ello, se hará referencia a los objetos propios de ambos amores, a saber, Dios y el mundo; aludiendo a lo que Arendt llama en Agustín de Hipona los amores de *Cupiditas* y *Caritas*. Se buscará introducir el concepto de amor, señalar y abordar analíticamente esta distinción e intentar dejar en evidencia la centralidad que ocupa el amor en todo el pensamiento de Agustín de Hipona. El enfoque parte de la antropología, pero será predominantemente ético, encontrándose la tesis agustiniana del *ordo amoris* como telón de fondo de todo el trabajo.

**Palabras clave:** *Ordo amoris*; Uti et Frui; Medios y fines; Amor a Dios; Amor al mundo.

### UTI AND FRUI: THE TWO-FOLD DIMENSION OF LOVE IN ST. AUGUSTINE OF HIPPO'S THOUGHT

#### ABSTRACT

Taking Hannah Arendt's doctoral thesis entitled *Love and Saint Augustine* as a starting point, a development of the main elements of Augustine's doctrine of love from the perspective of its double dimension known as *use love (uti)* and *enjoyment love (frui)*, is suggested. Thus, this paper deals

with the main objects of these loves, that is, God and the world, referring to what Arendt calls *Cupiditas* and *Caritas* in Augustine of Hippo, respectively. So, an attempt will be made to introduce the concept of love, showing and developing this distinction analytically, and trying to clearly manifest the centrality of love in Augustine's thought. The approach emerges from anthropology; however, it will be predominantly ethical, being the well-known thesis of *ordo amoris* behind the whole work.

**Key words:** *Ordo amoris*; Uti et Frui; Means and ends; Love to God; Love to the world.

## 1. Introducción

En el siguiente escrito nos proponemos trazar las líneas fundamentales de la doctrina del amor según el Hiponense, a partir de su doble dimensión conocida como el *amor de uso* y el *amor de gozo*, tomando como punto de partida el trabajo de Hannah Arendt titulado *El concepto de amor en San Agustín*. Para llevar adelante este objetivo, se buscará introducir el concepto de amor, señalar y abordar analíticamente esta distinción, e intentar dejar en evidencia la centralidad que ocupa el amor en todo el pensamiento de Agustín de Hipona. Si bien, el trabajo se apoyará en la antropología, el enfoque será predominantemente ético, encontrándose la doctrina agustiniana del *Ordo amoris* como telón de fondo de este trabajo y de toda la filosofía de nuestro autor. La alusión a esto último, será implícita y lo más breve posible, puesto que nuestra intención es ser incisivos en la caracterización del concepto de amor según este doble enfoque: *Uti y Frui*.

En adhesión, persiguiendo este fin, es que se hará referencia a los objetos propios de ambos amores, a saber, *Dios y el mundo*, dejando explícitamente de lado el amor al prójimo, no solo porque escapa a nuestros objetivos, sino porque tampoco resulta claro en el pensamiento del Doctor de Hipona cómo se conforma este tipo de amor, lo cual requiere otro nivel de profundización y estudio dignos de un trabajo aparte. En este momento aludiremos a lo que Arendt llama en Agustín de Hipona los amores de *Cupiditas* y *Caritas*.

Por otro lado, por ser el amor el corazón del agustinismo es que no nos limitaremos a una única obra en particular, sino que aludiremos a la mayor cantidad de escritos posibles en los cuales el autor tenga algo que decir al respecto, sin dejar de respetar los límites de la extensión de nuestra investigación. De todos modos, dada la frondosidad de su obra, se hará la delimitación bibliográfica correspondiente. Las obras de Agustín de Hipona serán complementadas con artículos, obras comentadas e introducciones a su pensamiento, siendo curiosamente el último libro que trata acerca de esta temática el primeramente citado de Hannah Arendt.

## 2. Nociones preliminares del pensamiento agustiniano

Puesto que, como ya anticipamos, el amor es el corazón de todo el pensamiento de Agustín de Hipona, es menester hacer referencia a ciertos elementos centrales a todo su sistema, los cuales nos permitirán comprender mejor los fundamentos y los alcances de su doctrina sobre el amor. Dado que escapa a nuestros objetivos el desarrollo de estas tesis, nos limitaremos simplemente a mencionarlas, remitiendo al lector a las obras en las cuales se podrán hallar las fundamentaciones correspondientes.

El primero de estos elementos es, sin duda, la bondad ontológica (Cfr. Agustín de Hipona, *De Natura Boni*), es decir, la convicción por parte

de nuestro autor de que todo lo que existe es bueno y que, por lo tanto, el mal como tal no puede tener existencia real sino únicamente moral. Con esta identificación entre el ser y el bien, propia de la doctrina de los trascendentales, no solamente se afirma que el *mundo*, tomado este como el conjunto de entes finitos que acompañan la existencia terrena del hombre, es en sí mismo bueno, sino que también se lo entiende como compuesto de una jerarquía de bienes diversos que dependen todos ellos del Sumo Bien.

En segundo lugar, en un acto introspectivo (*cf.* Agustín de Hipona, *De vera Religione* 39, 72) el hombre puede descubrirse, por las condiciones de su naturaleza, como capaz y deseoso del Bien Sumo, lo único que puede otorgarle felicidad plena y verdadera. Este Bien, para ser llamado tal, debe concentrar tres notas fundamentales: el ser inagotable, el ser eterno y el ser incapaz de ser arrebatado una vez poseído. Luego de un largo diálogo (*cf.* Agustín de Hipona, *De Beata Vita*), el Hiponense concluye que este Sumo Bien puede solamente identificarse con Dios, de modo tal, que no solo no es posible la felicidad plena en la tierra, sino que también se convierte en la máxima aspiración del hombre en esta vida: la búsqueda de Dios y el no detenimiento en las cuestiones mundanas.

En tercer y último lugar, encontramos la recurrente referencia del Obispo de Hipona al hombre como un *ser peregrino*. Según esta tesis, en concordancia con lo dicho anteriormente, el hombre no hallará descanso en ninguno de los bienes de esta vida ni en la posesión de todos ellos: “Nos hiciste Señor para ti, y nuestro corazón estará inquieto hasta que repose en ti” (*cf.* Agustín de Hipona, *Confesiones* 1, 1); sino solamente cuando posea a Dios en la vida eterna. Afirmado esto, Agustín entiende al hombre como un ser de paso por el mundo, un viajero, un *homo viator* siempre en movimiento, de bien en bien, hacia el Sumo Bien<sup>1</sup> (*cf.* Agustín de

---

<sup>1</sup> Esta es una tesis que está en toda la obra de nuestro autor.

Hipona, *En. in Ps.* 118; *Serm.* 123; *Serm.* 256, 3; *Serm.* 125; *In Ep. Io.* 9, 10; *In Io. Ev.* 40, 10).

Estas tres afirmaciones en conjunto, permiten enmarcar la concepción del amor según el Doctor de Hipona, pues sitúan al hombre frente a una opción fundamental que debe hacer en la búsqueda de su realización: buscar a Dios y subordinar a Él todo lo demás, o bien dedicarse al mundo, en sí mismo bueno, atractivo y lleno de valor, a su transformación y los bienes que tiene para ofrecer (*cf.* Agustín de Hipona, *De civ. Dei.* 14, 28). Ahora bien, el hombre que se conoce a sí mismo sabe que el mundo no puede darle lo que él necesita, felicidad plena y que, por lo tanto, debe emprender un camino de ascenso, desde los bienes más ínfimos hacia los supremos, fijando como punto de llegada el encuentro con Dios. emprender este camino es reconocerse *peregrino* en el mundo, lo cual, por otra parte –dada la primera tesis que propusimos– no niega la bondad de los bienes creados ni el amor hacia ellos; sino que los subordina a un bien mayor. Esta jerarquización de bienes hacia los cuales el hombre tiende por amor, es el fundamento real de la doctrina agustiniana del *ordo amoris* y su inherente distinción entre el uso (*uti*) y el gozo (*frui*); precisamente de esto nos ocuparemos a continuación.

### 3. Usar y gozar: La doble dimensión del amor

Luego de estas aclaraciones previas, se percibe cómo (siendo uno el hombre que ama) la doble dimensión del amor no radica principalmente en el sujeto, sino en el objeto al cual se destina dicho amor. Dado que el hombre debe optar por realizarse, ya sea en Dios o bien en el mundo, encontrándose los bienes de éste en la cotidianidad y aquel solo de un modo difuso y a través de las creaturas, es la constitución ontológica misma de estos dos bienes la que abre la posibilidad de hacer una distinción entre bienes amables por su uso

y bienes amables como fines. En otras palabras, si bien es cierto que el hombre ama algunas cosas como *medios* y otras como *fines*, su acto de amor es uno solo y es el drama propio de la vida terrena que lo obliga a optar entre estos dos ámbitos de realización, aquello que origina esta doble dimensión del amor. Dios y el mundo son ambos buenos, ambos deben ser amados por el hombre virtuoso, pero uno al servicio del otro, uno como medio, el otro como fin.

Siguiendo el espíritu de Agustín, es importante recordar que no es del todo preciso hablar de amores malos u objetos malos que nos seducen, pues todo lo que existe es bueno y, en concordancia con la antropología clásica, nada salvo un bien puede atraer la voluntad del hombre. Y es, precisamente, la bondad de lo creado lo que alerta al Obispo de Hipona, pues nada, salvo un bien en apariencia mayor al Sumo Bien, puede incitarnos a apartar la mirada de Dios como fin último: “Sí, Dios mío, eres la suma verdad; pero si providencialmente no hubieras salpicado de amarguras las felicidades del mundo, fácilmente me olvidaría de ti” (cf. Agustín de Hipona, *En. in Ps. 93, 24*). Con lo cual, estrictamente hablando, el hombre solamente ama bienes y toda su sabiduría y su vida moral se juegan en elegir los mejores y los más adecuados para cada momento. Por otro lado, que un bien sea un *medio* no significa que deba ser descuidado, pues el máximo disfrute de todos los bienes y el perfecto despliegue del amor no consiste en menospreciar lo inferior o los medios, sino precisamente en amarlos con todo nuestro ser, pero como lo que son, *medios* y no *fines*:

Usa de este mundo sin detenerte en el goce de él, y así, a cambio de bienes materiales y temporales, recibirás los espirituales y eternos. Usa del mundo, pero no te dejes dominar por él. Tu estancia en este mundo es un viaje que haces; has venido para marcharte, no para permanecer (*In Io. Ev. 40, 10*).

Al mismo tiempo que se percibe aquí la mencionada tesis del *homo viator*, también se aprecia cómo el uso del mundo es absolutamente legítimo para el Doctor de Hipona, un uso que no puede darse sino por medio del amor. Asimismo, este amor se pervierte cuando pretende hacer del mundo un fin, pues es allí cuando se invierten los roles dominador-dominado. De esta forma, sobre la idea de que el hombre no debe privarse del amor al mundo, sino que debe orientarlo adecuadamente, se aprecia cómo el problema pasa de ser ontológico (una elección de radicalidad maniquea entre el bien y el mal) a una cuestión de orden: todo debe ser amado con todo nuestro ser, pero cada cosa por lo que es, los medios como medios, los fines como fines. Tal como lo indica la Doctora Mosto:

Sólo Dios puede ser amado por sí mismo (*frui*), mientras que todos los demás seres deben ser tratados como instrumentos (*uti*) en el camino a ese supremo gozo. Si se altera el orden del *frui* y del *uti* se pervierte el orden del verdadero amor, obedeciendo a la falsa ley del pecado (...) no podemos descansar en ellos, debemos utilizarlos como escalones de ascensión en el camino a Dios (195).

Adentrándonos con lo dicho propiamente en nuestro tema de investigación, tal como anticipamos, seguiremos de cerca el excelente trabajo de Hannah Arendt acerca del *concepto de amor en San Agustín*. Esta autora del siglo XX opta por llamar *concupiscencia* al amor desordenado y *caritas* al amor ordenado. En esta línea, y en relación con lo anterior, amar los medios como fines producirá un apego al mundo, un asentamiento de la morada del hombre en la tierra y, por lo tanto, un amor de concupiscencia. Por otro lado, el amor que respeta la jerarquía natural de los bienes temporales y que percibe a todos ellos como medios ordenados al gozo de Dios, será identificado con el amor de caridad. Arendt expresa esta idea muy sintéticamente de la siguiente manera: “En la concupiscencia el hombre abraza la suerte que le hace precedero. En la caridad,

cuyo objeto es la eternidad, el hombre se transforma en un ser eterno, no perecedero" (36).

Asimismo, comentando el Salterio, Agustín de Hipona hace clara referencia al amor al mundo como medio para llegar a Dios:

De las cosas creadas quiero hacer una escala para subir hasta ti; porque sé que, si las amo más que a ti, no llegaré a poseerte. ¿Y de qué me servirá la posesión de tus obras si me faltas tú, el artífice de ellas? Es verdad que puedo amarlas; pero a ti más que a ellas, y a ellas por amor tuyo (*En. in Ps. 144, 8*).

Nótese una importante confesión de nuestro autor en este punto: el hombre no debe buscar suprimir su amor al mundo sino evitar amarlo más que a Dios. Por tanto, puede darse un amor al mundo sumamente intenso en la medida en que siempre sea con el fin de usarlo para gozar de Dios. Si bien es una cuestión que se nos escapa, ciertamente, que Agustín no piensa en un uso dominador al estilo de Francis Bacon en su *Novum Organum* y la primera ciencia moderna, semillero del ideal iluminista que busca exprimir el mundo sin ningún respeto por la creación; sino más bien en un uso amoroso, ordenado y sobretodo co-creador, aunque no por ello menos intenso.

Según lo dicho, el amor humano no se define como ordenado únicamente por aquello que se ama, pues todo debe ser amado, sino por cómo se ama, por el lugar que se le otorga en la jerarquía de valores. Ahora bien, es evidente que será ordenado el amor que escoge como fines aquellos que verdaderamente están a la altura de tal categoría, es decir, aquellos que no conducen al hombre hacia otro bien superior, sino que en sí mismos son el punto de llegada. En este punto, dejaremos de lado una minuciosa enumeración de bienes eternos que podrían caber en esta distinción, como son la virtud, la verdad, incluso la amistad, para centrarnos únicamente en el problemático binomio Dios-mundo. Así, como ya dijimos



más arriba en las notas preliminares, por su constitución misma, únicamente Dios puede ser considerado propiamente un fin, relegado a categoría de medio el mundo en cuanto conjunto de bienes finitos. En sintonía con esto, nos confiesa Agustín: “La vida bienaventurada no es otra cosa que gozar de ti, para ti y por ti: ésa es y no otra” (*Confesiones* 10, 22, 33).

Por otro lado, abandonar el mundo por miedo a verse privado del gozo de Dios, implicaría para el Hiponense un desaprovechamiento en al menos dos sentidos. En primer lugar, de los bienes finitos en sí mismos, pues su razón de ser no es la de interferir en la búsqueda del Bien Sumo, sino que el hombre fue colocado en medio de ellos para hacer uso legítimo y disfrutarlos máximamente, en la medida en que descubre el valor propio que poseen y el lugar que le corresponde a cada uno de ellos. Esto es expresado de modo preciso por Romano Guardini cuando afirma que:

El valor de las cosas, el significado de lo existente, la densidad de sentido del acontecer, calan en todas partes en sus sentimientos. El mundo en el que se halla está tan lleno de significación que todo lo que es está saturado de la forma eterna. A un hombre que piensa de manera puramente abstracta, la teoría de las ideas podría llevarlo hacia una indiferencia ante lo terrenal, pero no así al hombre que vive y contempla concretamente. Porque éste capta la idea al percibir la plenitud de sentido de lo existente. Y al experimentar la idea, simultáneamente se le hace precioso lo que participa de esa idea, se le convierte en tarea que realizar. (...) Si el platónico se hace cristiano, entonces amará la cosa finita con renovado amor, porque ha sido creada y redimida por Dios (104).

Una vez más, sumándose Guardini a la lista de pensadores que consideran característico del pensamiento agustiniano un amor ordenado al mundo y no una fuga de él, encontramos aquí un nuevo testimonio del aprecio por la realidad creada en sí misma. Por

otro lado, y en segundo lugar, el abandono del mundo también implicaría un desaprovechamiento en cuanto que, los bienes creados, además de tener un valor en sí mismos, tienen la insustituible capacidad de hablarnos y remitirnos al Creador. De intuiciones profundamente agustinianas, en este caso nos remitimos a lo dicho por el doctor Emilio Komar:

La mirada contemplativa no prescinde de los entes particulares, de su sentido y su valor, sino ciñéndose a lo que de veras son y evitando caer en *cogitare ultra*, se deja medir rigurosamente por ellos, pero no se limita a ellos. El ente particular se torna *speculum vitae y liber sanctae doctrinae*: la creatura habla del Creador. Como dice la Constitución *Gaudium et Spes*: “en el lenguaje de las creaturas” se oye “la voz y la manifestación de Dios” (art. 36). Lo finito nos remite a lo Infinito (24-25)<sup>2</sup>

Según lo expuesto, podríamos decir que una mayor apertura a la realidad implica simétricamente una mayor apertura a Dios, siempre que se esté buscando su imagen en el mundo. Este es el sentido profundo del reconocimiento del mundo como *medio*, esta capacidad de remitirnos a la Fuente, a la Bondad misma. Pero dado que los seres finitos tienen una bondad propia –aunque el percatarse de que esto es a raíz de su participación en el Sumo Bien, sea una verdad muchas veces de difícil percepción– pueden aparentar ser cerrados en sí mismos y presentarse al hombre como fines, como si el mundo fuese el lugar en el cual el hombre debe encontrar la plenitud. De este engaño nos previene Agustín de Hipona cuando sentencia: “No busques, por tanto, la felicidad en la tierra. Gran cosa es la felicidad, pero no se encuentra aquí” (*Sermones* 233, 4. Ctd por *Kempis Agustiniano* 41).

<sup>2</sup> Acerca del trasfondo agustiniano presente en Emilio Komar, cf. Ignacio López, Amor a la realidad: el trasfondo agustiniano de Emilio Komar, presentado en las primeras Jornadas komareanas, Argentina, 2016.

No obstante, el peligro de amar al mundo como algo que no es, un fin último, siendo en última instancia una desventaja la cerrazón afectiva e intelectual a la realidad, el desafío para el Hiponense consiste, precisamente, en amar todo en su justa medida y según el lugar que ontológicamente le corresponde. El sabio, por tanto, no es aquel estoico apático que logra desentenderse del mundo, sino un profundo amador tanto de Dios como del mundo, consistiendo su sabiduría en la mirada prudente y revestida de fortaleza capaz de distinguir los medios de los fines y de amarlos como tal (cf. Remo Bodei 63-65). Como ya habíamos anticipado, la cuestión de fondo es una cuestión de orden, tal como acertadamente lo expresa, una vez más, Marisa Mosto en su trabajo sobre la ley y el bien según nuestro autor: “La jerarquía del ser, debe reproducirse en los amores del alma. El hombre debe amar más lo que ES más, lo que tiene mayor consistencia ontológica. (...). El alma debe admitir la jerarquía y orientarse al Bien inmutable que le señala la sabiduría” (195).

Volviendo al trabajo de Arendt, dado que el amor de caridad tiene a Dios como fin y usa del mundo como medio para llegar a Él, para nuestra filósofa “Caritas no conoce el temor porque no conoce la pérdida. La muerte se transforma así en el peor mal (en contraste con el bien más alto) para una vida regida por Cupiditas” (54). Por lo tanto, el amor de caridad, el amor ordenado y puro que no conoce la pérdida tiende a la eternidad y que, si bien se dirige al mundo en toda su corruptibilidad, lo hace de modo tal que, aun disfrutando de todos sus bienes en tanto medios, le sirven para alcanzar el Sumo Bien y todos los bienes incorruptibles. Nótese, por tanto, que la búsqueda del gozo (*frui*) último no priva al hombre del disfrute de los medios –por cierto, necesarios para llegar al fin– sino que, muy por el contrario, les da sentido.

Dicho a modo de aclaración, dado que nadie pondría en duda que para nuestro autor es Dios el fin último del cual se debe gozar, per-

cíbase que nuestros esfuerzos se encaminan a legitimar el amor al mundo en el pensamiento de Agustín de Hipona, algo numerosas veces desacreditado y menospreciado por una lectura demasiado apresurada y superficial de su frondosa obra. No entraremos en la apología de esta faceta de la filosofía agustiniana por escapar a nuestros propósitos, pero no podemos dejar de mencionar dicha cuestión e invitar al lector interesado a consultar la bibliografía sugerida al pie de página<sup>3</sup>. Dicho esto, es menester adentrarnos en el recto amor a los bienes creados, es decir, en el disfrute del *uti*, del amor de uso referido al mundo en tanto medio, algo que no puede hacerse sino a través del orden. Para ello, resulta iluminadora la siguiente expresión de Etienne Gilson en su *Introducción al estudio de San Agustín*:

Recuérdese que el bien es amar las cosas con un amor que se conforme al orden. (...) *ordo est amoris*; la virtud es la sumisión del amor al orden. La jerarquía de los fines permite determinar a qué orden debe sujetarse la voluntad. (...) En el grado más bajo de la escala de los fines se encuentran los bienes exteriores y materiales; alimentos, vestidos, oro y plata. Tomados en sí mismos son verdaderos bienes. Puesto que han sido creados es que Dios los ha querido en un lugar determinado del universo; por lo tanto, no se podría considerarlos como malos en sí mismos sin caer en el error de los maniqueos. Lo malo no es hacer uso de ellos, sino gozar de ellos (155).

En este párrafo de Gilson, se puede apreciar el reconocimiento de la bondad de todo lo creado que rodea al hombre y la total legitimidad en amarlo, siempre que sea en carácter de medio. En palabras

<sup>3</sup> Acerca de esta posible confusión entre lo dicho por el Doctor de Hipona y un menosprecio de la realidad creada: cf. E. Przywara, *San Agustín*, Revista de Occidente Argentina, Buenos Aires, 1949, Sección: "San Agustín y Pascal", pp. 45-46 y 394-395. Por otro lado, cf. R. Guardini, *La conversión de San Agustín*, ÁGAPÉ, Buenos Aires, 2008, en especial pp. 50-62 y 155. Además, cf. V. Capánaga, *Obras completas de San Agustín I*, introducción general, Biblioteca de Autores Cristianos, Edición biligüe, Madrid, 1979, sobre todo pp. 17-18. Además, cf. E. Gilson, introducción al pensamiento de San Agustín, 1983, traducción de Courrèges (inédita), pp. 5., 227-228. Finalmente, cf. Ignacio López, *Peregrinar en el amor ordenado: Bienes creados y felicidad en Agustín de Hipona*, Tesis de licenciatura, UCA, 2015, [Inédita].

de Arendt, el amor de caridad sabe usar del mundo, lo señorea y lo goza en tanto medio para alcanzar el fin último, algo que el mundo no puede ofrecer de suyo: “No os exhorto que no amemos, sino a elegir qué amar. Amar al mundo nunca es elección, pues el mundo siempre está ahí y es naturalamarlo. Elegimos precisamente lo que el mundo no puede ofrecer de suyo. En este amor selectivo hay un acceso personal al creador” (108). En línea con lo que veníamos exponiendo, amar la realidad en sí misma es un hecho imposible de negar, pues ella está ahí para eso; por otro lado, sí es una decisión que el hombre debe tomar el hacer de esa realidad una escalera para subir a Dios y no la morada en la cual debería establecerse. Continúa nuestra autora en este punto: “En *Cupiditas* o en *Caritas* decidimos sobre nuestra morada, sobre si deseamos pertenecer a este mundo o al mundo por venir, pero la facultad que decide es siempre la misma. Uno es como sea su amor. Quien no ama ni desea en absoluto, es en rigor nadie” (Arendt 36).

Precisamente por esto es que el amor ordenado no teme la pérdida, pues solamente le pueden ser arrebatados los medios, todos ellos prescindibles y perecederos, pero jamás su fin, el Sumo Bien eterno al cual todo se subordina. El sentido de la existencia para el hombre se vuelve realmente trágico en la medida en que no posee un fin último o, lo que es igual, este le es arrebatado, algo que únicamente le sucede al amor de concupiscencia, pues asienta su morada en los bienes temporales del mundo. En otras palabras, el disfrute del mundo solamente se esfuma cuando se lo busca con pretensiones de eternidad, no así cuando se lo reconoce como transitorio y parte del camino hacia la morada eterna.

La bondad, medida y belleza del mundo lo hacen totalmente digno de ser amado, a tal punto que quien no lo hiciese, como dijimos, se perdería de la riqueza que los bienes temporales tienen para ofrecer a quien los interpela con un amor ordenado por medio de la inteligencia y la

voluntad. Por tanto, propiamente hablando, el amor ordenado gozará de Dios y usará del mundo, devolviéndole circunstancialmente –este último– un disfrute temporal e imperfecto, pero disfrute en fin. Así, experimentar el disfrute que muchas veces genera la posesión de los bienes terrenales no es lo condenado anteriormente por Gilson, pues ya hemos dicho que la propuesta de Agustín pretende exprimir del mundo el máximo de regodeo en su bondad, la cual ciertamente no se encuentra en el exceso sino en el justo medio. Así lo expresa el mismo Hiponense cuando advierte que:

Todas las cosas que existen, es Dios quien las ha creado: que el espíritu del Señor te ilumine para que conozcas que todas son buenas; pero, ¡ay de ti, si amas las cosas creadas y abandonas al Creador! Dios no te prohíbe amarlas; lo que no quiere es que las ames con miras a la felicidad, sino que las consideres y alabes amando en ellas al Creador. (Agustín de Hipona, *In Ep. Io.* 2, 8-10. En: *Kempis agustiniano* 63).

En sintonía con esto, el filósofo francés también condena el gozo del mundo entendido como un amor que busca hacer de este el fin último del hombre, algo propio del amor de concupiscencia. En relación a esta cuestión, unas líneas atrás este mismo autor realiza una clara caracterización de qué se entiende por *gozar* y qué por *utilizar* en materia de amor humano, culminando con una reformulación de lo que podría ser la regla de oro del *ordo amoris* agustiniano: “Acércate a Cristo; él es tu fin; Todo lo demás no es más que el camino” (Agustín de Hipona, *In Ep. Io.* 10, 5).

Cuando se reducen a sus formas más simples las diversas maneras como los hombres se comportan respecto de las cosas, uno se encuentra finalmente con dos: el goce o el uso. Gozar es fijar la propia voluntad sobre una cosa por amor a esta misma cosa. Usar es servirse de una cosa como de un medio para obtener otra a través de ella. En consecuencia, se goza lo que se considera como un fin; se usa lo que no se considera más que como un medio. (...) Si es cierto que no se goza más

que de los fines, como los fines se subordinan unos a otros hasta caer todos bajo uno solo, que es el último, en último análisis sólo hay un único objeto que sea verdaderamente fin, aquel que constituye para nosotros el fin último, o beatitud. (...) Gozar de la beatitud y usar de todo lo demás en vista de obtenerla, tal es pues la regla primera de la vida cristiana. (...) ya sabemos en qué consiste la beatitud, o fin último: es el soberano bien, es decir: lo que es de tal índole que no se puede concebir algo mejor, por consiguiente, el mismo Dios. (...) Sólo hay que gozar de Dios y usar simplemente de todo lo demás en vista de gozar de Dios (Etienne Gilson 154).

Nótese en esta acertada caracterización de la doble dimensión del amor humano, la ausencia explícita (aunque no por ello su negación) del punto que más nos interesa recalcar: el mundo no se reduce a un medio de uso indiferente que nos sirve para, en algún momento, gozar de Dios, sino que incluye en la amorosa y ordenada interacción con él un disfrute distinto y, digámoslo así, agregado al propio encuentro con Dios. Ciertamente que el mundo es primeramente un medio, pero dirigiéndose a él con un amor de utilidad (*uti*) es que se encuentra un tipo de gozo propio de los bienes finitos.

En esta línea, también encontramos lo dicho por el célebre comentarista de Agustín de Hipona, Victorino Capánaga, para quien el hecho de que los bienes creados deben ser amados como medios y no como fuente de fruición absoluta, no impide que haya en estos una fruición *relativa*, dado que, por el mero hecho de ser bienes, no pueden dejar de causar un sano deleite en su recto uso. En otras palabras, si se usa de lo que se debe usar y se busca gozar de los verdaderos fines, todo ello con un intenso amor ordenado, el hombre se encaminará en la Sabiduría y la virtud y experimentará en la búsqueda de su realización el máximo disfrute tanto de los fines como de los medios, aunque sea lo superior lo que lo vuelve más perfecto.

Gozar de las cosas es poner en ellas el último fin del descanso; usarlas es tomarlas para logro de otro fin. “Gozamos de las cosas conocidas en que la voluntad descansa como en fin; usamos aquellas otras que ordenamos para el logro de un objeto de fruición. La mala voluntad consiste en gozar mal y en usar mal de las cosas” (Agustín de Hipona, *En. In Ps.* 9, 15). Todos los bienes creados deben ser medios, no fines o términos últimos de descanso, porque, como limitados y transitorios, solo pueden tocar la epidermis, sin llegar a la médula interior del espíritu. Por eso ninguno debe ser objeto de una fruición absoluta, sino relativa (*cf.* Capánaga 74).

Aproximándonos al final de nuestra exposición, debemos aludir brevemente a ciertas malinterpretaciones del pensamiento del Obispo de Hipona. Primeramente, algunos se han aventurado a criticar al Hiponense por ser un supuesto negador del valor de la realidad y pretender practicar una fuga del mundo, pero nada puede estar más alejado de su verdadera filosofía: una incesante búsqueda por expandir el campo del amor, y ampliar y profundizar su vínculo con la realidad, pues está convencido de que allí hay bondad y verdad para saborear y alimentar el alma, allí hay vestigios del Creador que deben ser reconocidos y alabados, allí hay placeres dispuestos por Él mismo que deben ser aprovechados.

San Agustín no ha predicado ni practica una fuga universal del mundo exterior, como si el demonio se hallase agazapado en todas las cosas para poner trampas al hombre. Tiene el ojo del espíritu abierto a todas las hermosuras y armonías que son medios de unión con el Creador. Las criaturas tienen una medida, una hermosura y un orden. Esta es la ontología profesada en Casiciaco (*cf.* Capánaga, *De Ordine* 590).

Siempre en relación a los bienes, sea el más ínfimo de todos, no amar no es una opción que convenza a Agustín puesto que, en tanto el amor es nuestro peso (Agustín de Hipona, *Confesiones* XIII, IX, 10),



el motor que mueve al ser humano, es de la preferencia de nuestro autor el aprender a ordenarlo más que reprimirlo. Como afirma Capánaga en su *Introducción General*, el amor es la ley del espíritu, y el orden del amor en tanto respeta la jerarquía de valores, es la máxima expresión del comportamiento humano, sintetizado en la célebre expresión agustiniana: *Dilige, et quod vis, fac*<sup>4</sup>.

Por otro lado, esto tampoco hace del Obispo de Hipona un hedonista, pues el trabajo por un corazón hipersensible a la realidad y la apertura a ella no es sinónimo de búsqueda incondicional del placer. Más bien, en su filosofía el placer aparece como premio al amor ordenado, como un regalo de la realidad por haber descubierto y respetado el orden ontológico dado en las cosas, un disfrute que solamente se aprecia en la medida y el orden, no en la liberación de las pasiones. Como ya dijimos, esto no le quita intensidad al acto de amar, como tampoco significa considerar menos el hecho de amar como medio aquello que de por sí es un medio y no un fin; muy por el contrario, perfecciona, agudiza y lleva a su máximo esplendor a este tipo de amor. Acerca de la importancia que tiene el amor en la valoración del hombre resulta muy iluminador el razonamiento propuesto por Gilson, quien reconoce el sentido del amor para el ser humano, pero no olvida la centralidad del orden respecto al mismo.

Quitad a un hombre su amor que lo arrastra de objeto en objeto hacia un fin confusamente presentido, y valdrá menos que un cuerpo material, que al menos cede al arrastre de su propio peso. Por consiguiente, el problema moral que se plantea no es saber si hay que amar, sino lo que hay amar: “¿Qué se os dice? ¿No amar nada? ¡Nunca en la vida! Inmóviles, muertos, abominables, miserables, eso es lo que seriais si no amarais

<sup>4</sup> “Ama y haz lo que quieras, porque el amor verdadero es la verdadera ley del espíritu, muy superior a la servidumbre farisaica a lo mandado. Ni el hombre agustiniano es un vulgar anárquico que en nombre del amor viola el orden y hace cuanto se le antoja, sino seguidor del orden del amor, donde se respeta la jerarquía de los valores.” Victorino Capánaga, *Introducción general* 164.

*nada. Amad, pero cuidaos de lo que es preciso amar*" (Agustín de Hipona, *Serm.* 96, 1, 1). Por lo tanto, la virtud es querer lo que debemos querer, es decir, amar lo que debemos amar (Gilson 124)<sup>5</sup>.

De esta forma, el amor es lo más valioso del hombre, quien está llamado a realizarse por medio del amor a todas las cosas. En la medida en que otorgue a cada realidad el amor que a ella en cuanto tal le corresponde, el ser humano estará amando ordenadamente y, por lo tanto, aprovechará al máximo la bondad que cada realidad particular tiene para ofrecerle, convirtiéndose en señor de las mismas y no en su esclavo. "Si tus obligaciones no te permiten despojarte de los bienes de la tierra, consévalos, pero sin hacerte esclavo suyo. Sé dueño, y no servidor de tus riquezas" (Agustín de Hipona, *Serm.* 125, 7).

Recapitulando lo visto, el verdadero y pleno amor humano para el Hiponense consiste en amar cada bien en la medida que le corresponde, lo cual implica un conocimiento agudo del lugar que ocupa dicha realidad en la totalidad del cosmos, pues solo a partir de una perspectiva omniabarcativa es posible identificar el lugar propio de cada realidad. Dicha conciencia es propia de Dios, de modo tal que el amor ordenado del hombre lo asemeja al Creador, conduciéndolo a querer y disfrutar de la creación tal como Dios lo hace: "El hombre ama el mundo como creación de Dios; en el mundo, la criatura ama el mundo como Dios lo ama. Tal es la realización de una negación de sí en que toda persona que hay en el mundo, incluido uno mismo, recobra su auténtica relevancia como tal" (Arendt 126). Por tanto, la plenitud del amor humano en su doble dimensión de *uti* y *frui*, si bien propiamente goza de Dios como fin, lejos de ser excluyente respecto de los bienes inferiores, también los ama máximamente en tanto responde a su bondad ontológica y a la jerarquía que los ordena. Así, el amor pleno es aquel que incluye tanto a Dios como al mundo y puede amar al primero por sí mismo y al segundo según la mirada del Creador y en tanto nos refiere a Él.

---

<sup>5</sup> Las cursivas son nuestras.

## 4. Conclusiones

Habiendo llegado al final de nuestro trabajo, expondremos ahora muy sintéticamente las conclusiones a las cuales nos hemos aproximado en el trascurso de todo el escrito. Así, en primer lugar, debemos recordar que la doctrina del amor en el pensamiento de Agustín de Hipona, si bien es central, no obstante, ello no se comprende si no se la enmarca en la totalidad de su filosofía. A raíz de esto fue que nos vimos obligados a hacer referencia a ciertas tesis fundamentales que nos permitieran adentrarnos en el concepto agustiniano de amor en cuanto tal.

En segundo lugar, hemos visto cómo es un único amor el que define al hombre, el cual tiene ciertamente una bi-dimensionalidad en cuanto es capaz de subordinar los medios a los fines y dirigirse a ellos como *uti* y *frui* respectivamente. Por tanto, la diferencia en el Hiponense no está tanto en *amar* o *no amar* sino en *cuánto* amar cada cosa, debiendo ser absolutamente todo amado y disfrutado en su justa medida. Esto nos permitía adentrarnos en la legitimación del amor a lo inferior, al mundo en tanto medio, pues el hecho de que se conciba a Dios como el fin último que se debe amar como gozo (*frui*) no se contrapone al amor legítimo del mundo, sino que lo incluye.

Luego de advertir acerca de posibles malinterpretaciones del pensamiento agustiniano como son la tesis de la fuga del mundo, el estoicismo y el hedonismo, se intentó manifestar cómo la propuesta de Agustín en lo que respecta al amor al mundo es una intensa apertura a toda la realidad, asegurando que en cada uno de sus bienes finitos se encuentra algo dispuesto por Dios para ser disfrutado por el hombre, portador de un valor en sí y capaz de referir al Creador. Esta idea daba un paso más en la tesis según la cual el mundo es mero medio para llegar a Dios, pues se encuentra en él un gozo relativo por el mero hecho de ser, el cual se hace accesible

al hombre capaz de percibir el orden de la realidad y reproducirlo en los afectos de su alma.

En concordancia con esto, en último lugar, hemos intentado dejar en evidencia no solo la necesidad del mundo como escalera para llegar al Sumo Bien, fin último, sino también la total legitimidad del amor hacia él en tanto se le otorga el lugar que le corresponde. Para Agustín la realidad creada es buena y valiosa para el hombre, de modo tal que es propio del sabio, sin olvidar que el bien de gozo absoluto (*frui*) es Dios, amar toda la Creación tanto como el Creador lo hace.

**Ignacio López.**

Facultad de Filosofía y Letras.

Universidad Católica (Argentina).

*j.ignaciolopez@hotmail.com*

## Bibliografía

- Agustín de Hipona. *Confesiones*, en: *Obras Completas II*, BAC, Madrid, 1979
- \_\_\_ *De Civitate Dei*, en: *Obras Completas XVI-XVII*, BAC, Madrid, 1958
- \_\_\_ *De Natura Boni*, en: *Obras completas III*, BAC, Madrid, 1947
- \_\_\_ *De Ordine, De Beata Vita*, en: *Obras Completas I*, BAC, Madrid, 1979
- \_\_\_ *De vera Religione*, 39, 72, en: *Obras Completas IV*, BAC, Madrid, 1948
- \_\_\_ *Enarrationes in Psalmos*, en: *Obras completas XIX-XXII*, BAC, Madrid, 1967
- \_\_\_ *In Epistolam Ioannis*, en: *Obras Completas XVIII*, BAC, Madrid, 1959
- \_\_\_ *In Evangelium Ioannis*, en: *Obras Completas XIII*, BAC, Madrid, 1955
- \_\_\_ *Sermones*, en: *Obras Completas VII, X, XXIII-XXVI*, BAC, Madrid, 1981
- Arendt, Hannah. *El concepto de amor en San Agustín*, Edición encuentro, Madrid, 2001
- Bodei, Remo. *Ordo Amoris: conflitti terreni e felicità celeste*, Il mulino, Bologna, 1991
- Capánaga, Victorino. *Introducción General e Introducción al diálogo De Ordine*, en los tomos correspondientes anteriormente citados.
- Gilson, Etienne. *Introducción al pensamiento de San Agustín*, 1983, traducción de Courrèges (inérita).
- Guardini, Romano. *La conversión de San Agustín*, ÁGAPE, Buenos Aires, 2008.

- Kempis agustiniano. *Nos hiciste Señor para Ti*, BAC Minor, Madrid, 2010.
- Komar, Emilio. *Orden y misterio*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1996.
- López, Ignacio. *Amor a la realidad: el trasfondo agustiniano de Emilio Komar*, presentado en las primeras Jornadas komareanas, Fundación sabiduría cristiana, Argentina, 2016.
- Mosto, Marisa. "San Agustín: la luz de la ley y el bien del hombre", *Sapientia*, UCA, Facultad de Filosofía, Volumen LXVI, Fascículo 227-228, 2010, pp. 191-204. Przywara Erich, *San Agustín*, Revista de Occidente Argentina, Buenos Aires, 1949